



NUM. 23. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 7 DE JUNIO DE 1863.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VII.

## REVISTA DE LA SEMANA.



cho dias en estos tiempos de la electricidad y del vapor; en estos tiempos en que podemos sostener una conversacion á mil leguas de distancia con la misma facilidad que si fuera *tête á tête*; en estos tiempos en que el desgraciado habitante de la árida córte de España puede tomar chocolate dos dias seguidos con su familia, habiéndose dado en el intermedio un baño de mar; ocho dias decimos en estos tiempos son un siglo; un espacio inmenso en que caben las mayores y mas radicales trasformaciones de este viejo mundo que habitamos.

Por eso al coger cada semana la pluma para cumplir la honrosa tarea de dar cuenta á nuestros lectores de lo que en ella ha sucedido, paseamos la vista por el mundo esperando encontrarle completamente mudado de como le vimos en la anterior semana.

No quiere esto decir que hoy tengamos que publicar estupendas noticias; ni que en el interregno, digámoslo así, de nuestras funciones revisteriles, haya sucumbido ya algun imperio ó nacido algun nuevo reino, ó bajado del trono algun monarca, ó se haya trasladado alguna poblacion á cientos de leguas de donde antes estaba, como si París se hubiese ido á Turquía ó la córte de España á las Batuecas; nada de eso; espresamos simplemente la situacion en que nos encontramos al hacer cada una de estas revistas, y el temor (temor que es placer al mismo tiempo, porque nos da materia para escribir) de que haya grandes variaciones, porque las cosas terrenas no son eternas; y lo son tanto menos cuanto mas se las aplica este adjetivo que solo pertenece á lo que está muy lejos del mundo y del hombre. Un célebre escritor decia que de todas las cosas eternas, la que menos dura es el amor; y lo mismo podríamos decir nosotros de otras muchas; el reconocimiento, la

gratitud, la felicidad, el dolor que con tanta frecuencia creemos cosas eternas, suelen ser tan efimeras que ni aun dejan recuerdo en nuestra memoria.

Y en verdad que mas vale que sea así, porque de otro modo se acabaria la inestabilidad propia de toda obra humana, y el mundo perderia esa animacion, esa vida, ese continuo movimiento que le presta la variacion.

Pero nos vamos alejando demasiado de nuestro propósito, y el lector estará esperando que le digamos lo que por aquí y por allí hemos podido cazar.

Bien poco es esto por cierto en la capital de España. Apenas podemos citar un acontecimiento: la semana ha pasado tranquila; con esa envidiable gravedad del hombre que no deja tras de sí un recuerdo. Ni siquiera ha habido en ella una recepcion en la academia de algun almivarado y sensible pollo por el singular mérito de saber usar bien los lentes ó de descender por via recta del Archipámpano de Sevilla; ni siquiera hemos visto horrorizarse y temblar á las esquinas con el titulo de alguna novela que amenazaba venirse al suelo con ellas. La semana, decimos, ha pasado tranquila, dejando al ministerio tranquilo despues de su decreto sobre la etiqueta; y al pais también tranquilo, esperando las elecciones generales. No ha sucedido así en alguna provincia, como Valencia, donde una inundacion del Júcar ha causado grandes pérdidas. Terribles tempestades hicieron salir de madre al rio é inundar la hermosa huerta de Valencia, arrollando cuanto encontraba al paso. Las cosechas se han perdido, y el invierno próximo se presenta amenazador para esa provincia digna de mejor suerte. Para colmo de males, en el arrabal de Ruzafa se hundió el martes último por efecto de las lluvias la escuela, acabada de construir, estando dentro los niños. A la primera señal de la catástrofe el maestro mandó salir á sus discípulos: los mayores se precipitaron á la puerta; los mas pequeños se refugiaron bajo las mesas y los bancos, y muchos se salvaron; pero el maestro y diez niños mas perecieron entre las vigas y los escombros, y mas de treinta heridos han sido el resultado de la imprevision con que ciertos edificios se construyen. Se ha formado causa sobre el accidente que ha conternado á toda la poblacion.

Echemos ahora una ojeada al extranjero. Polonia pelea altiva y noblemente por su independencia consiguiendo parciales y costosos, pero brillantes triunfos, mientras la diplomacia con envidiable tranquilidad toma acta de lo ocurrido, escribe notas y mas notas, ce-

lebra conferencias y reuniones, en alguna de las cuales la gran cuestion polaca se trata sobre el aromático vapor de un rico té ó de un suculento almuerzo, digna y comfortable base de una discusion, cuyo objeto es hacer feliz á un pueblo.

Prusia se conmueve de arriba á abajo, mientras los diputados se pasean tranquilamente á la misma hora en que el rey los cita en el salon Blanco para anunciarles que ha tenido á bien cerrar el parlamento. Grecia se agita y corre hasta el punto de que puede romperse las narices en la Puerta Otomana, mientras su electo rey se prepara tranquilamente á recibir la corona; y por último, Francia hace las elecciones sacando todos los candidatos de oposicion en París, y dejando al gobierno imperial un verdadero triunfo en los departamentos.

La misma mezcla de tranquilidad y agitacion encontramos en el Nuevo Mundo, hijo legítimo del antiguo. Los mejicanos con la tranquila serenidad que resalta en todos sus partes oficiales, han resistido cuarenta dias de ataque en Puebla, defendiéndose casa por casa y cuarto por cuarto, convenciendo por último, sino pacífica, gloriosamente, al ejército francés, de que debia dejar en su poder la poblacion, porque es suya. Y segun se dice en el momento en que escribimos estas líneas, los franceses, galantes siempre, han salido de Puebla, dejando á los mejicanos privados de su proteccion y amparo.

Esta guerra de Méjico, sabemos que decia un general francés, es lo mismo que la guerra española, lo mas irregular, lo mas anómalo, lo mas extraño que puede imaginarse. Y si no, vea usted. Sitiamos en toda forma á Zaragoza y á Gerona; disponemos perfectamente el ejército en Bailen y en otros puntos, y como nuestros enemigos no tenian grandes generales, ni disciplinados soldados, ni conocian para nada la táctica, se burlaban de nuestros sitios y de nuestras disposiciones, y nos desbaratan por completo todos nuestros proyectos. Lo mismo sucede en Méjico: sitiamos á Puebla con todas las reglas del arte, dirigimos perfectamente los asaltos; pero vaya usted con reglas, y con táctica, y con asaltos á quien nada de esto conoce. La irregularidad de esa guerra especial lo trastorna todo.

A esta irregularidad debe atribuirse sin duda, que los franceses hayan asaltado varias veces casas aisladas, iglesias reducidas, la plaza de toros, y otros edificios sin defensa alguna; y hayan sido siempre rechazados con sensibles pérdidas. El emperador, que por lo visto no quiere transigir con esta irregularidad de la guerra

en los pueblos que no tienen grandes y brillantes ejércitos, parece que envía á Méjico gruesos refuerzos.

Pero dejemos ya esta clase de noticias.

La atención de mucha parte del pueblo madrileño se distribuye entre Blondin y los elefantes que trabajan en el circo de Price. Estos animalitos hacen muchas habilidades, en que son aplaudidos repetidas veces; pero un escudriñador de papeles antiguos que ha querido escribir la historia de su raza, (la de los elefantes) les ha quitado gran parte de su mérito, recordando lo que otros antecesores hicieron para divertir á antecesores nuestros. Y entre las cosas notables que ha encontrado es una de ellas, no poco oportuna hoy, una gran fiesta de que habla Plinio, en la cual un elefante subió por una cuerda y la recorrió ni mas ni menos que Blondin, haciendo en ella varios ejercicios gimnásticos, si es que esta palabra puede aplicarse á los animales. Tan antiguo origen tiene ese espectáculo, que con admiración y cruel ansiedad ha acudido á presenciar el pueblo de Madrid en el Retiro, y ahora contempla horrorizado en el Circo de Recoletos.

Pero ¿cuál sería nuestro asombro si viéramos marchar sobre la delgada maroma al monstruoso paquidermo, llevando sobre sus anchas espaldas al héroe del Niágara! Si viéramos á éste hacer sobre el elefante los graciosos juegos que hace á inmensa altura en el Circo!

De veras envidiamos esa habilidad: nosotros andamos sobre el ancho suelo y tropezamos y caemos con frecuencia; y aun nos esponemos á tropezar y caer contra nuestra voluntad una vez por semana; y Blondin á aquella altura ni tropieza ni cae. Mas de una vez hemos comparado nuestra pequeñez con la del atrevido acróbata, y buscando una razón que nos explicase la diferencia entre ambos, la hemos encontrado en que nosotros como miseros humanos, estamos sujetos á las leyes humanas, que no alcanzan de tejas arriba, donde suele lucir Blondin sus habilidades.

El domingo se celebró en Aranjuez una corrida de toreros en que trabajaron los aficionados de la aristocracia. Presidió la plaza la reina, y asistieron las damas mas notables de la corte luciendo hermosos trajes de majas y de toreras: sortearon las reses el marqués de Villaseca, el duque de San Lorenzo y el señor Huertos, los cuales mas de una vez rodaron por el suelo, pero dieron muestras, no solo de valor, sino de grandes conocimientos tauromáquicos.

La función fue verdaderamente española, y nada faltó en ella mas que el buen servicio de la empresa del ferrocarril, que hizo, como vulgarmente se dice, una de las suyas. Anunció un tren especial de coches de primera clase, sin tenerlos, y las personas que tomaron billetes se vieron obligados á ir en coches de segunda y de tercera y con tres horas de retraso. Ignoramos si el gobierno ha tomado alguna providencia para que no se repitan los desórdenes á que dió lugar este falso anuncio de la empresa, que no es por cierto el primero en que falta al respeto debido al público.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## ARQUEOLOGIA SAGRADA.

La arqueología sagrada ha llegado á ser la ciencia de moda; tal es el ahinco con que por todas partes se recogen y clasifican, estudian é interpretan los monumentos de todos géneros que nos legó el arte cristiano; habiéndose generalizado su estudio hasta el punto de mirarse como indispensable á toda persona medianamente ilustrada el poseer algunos conocimientos arqueológicos siquiera sean de los mas elementales. La afición á viajar que tanto se ha propagado en nuestros dias con el aumento de medios y comodidades de que hoy se dispone para recorrer el mundo civilizado con prontitud y economía, ha contribuido y no poco á extender y vulgarizar los estudios arqueológicos, cultivados antes por un reducido número de personas, con el deseo de comprender los diversos monumentos que profusamente se presentan á la vista del curioso viajero; porque las obras de arte que pasan al dominio de la arqueología nos hablan un lenguaje, incomprendible sin el auxilio de esta ciencia, que viene á ser nuestro intérprete explicándonos las manifestaciones del arte en diversas épocas y regiones.

Al intentar nosotros trazar algunas líneas que den á conocer, aunque ligeramente, el origen y caracteres de los monumentos que pertenecen á la arqueología sagrada, nos mueve solo el deseo de contribuir en algo á divulgar la afición á su estudio, un tanto descuidado en nuestra nación, presentándole adornado con todas las galas de su peculiar amenidad, tan distante, por cierto, de la aridez con que le reviste la preocupación vulgar.

También es aun bastante general en nuestro pais, particularmente entre gentes de cierta clase y estudios, el exclusivismo por el gusto clásico, hijo principalmente de la falta de conocimiento que se tiene del arte cristiano, cuyo estudio merece la preferencia por muchos conceptos sobre el del pagano. El número de sus

monumentos en la Europa occidental y setentrional es infinitamente superior al de los antiguos y aun al de los modernos, esceptuándose algunas comarcas especiales que por su significación en la antigüedad conservan muchos y muy apreciables restos del arte antiguo; ó por el contrario, ciertas ciudades de reciente importancia en que todos los edificios ostentan el sello de la servil imitación de los llamados clásicos, cuando no lef oculta el prolijo ornato churrigueresco.

Por todas partes se encuentran suntuosas catedrales, ricas iglesias abaciales, modestas parroquias y solitarias capillas levantadas por el genio cristiano. Y no es ciertamente en España donde menos abundan, como suficientemente lo atestiguan, Asturias con sus inapreciables monumentos de los primeros tiempos de la reconquista; Galicia y Santander, Avila y Segovia con sus numerosas iglesias románicas, ambas Castillas, Andalucía, Aragón, Cataluña y en general toda la península con los numerosos y magníficos templos ojivales que constituyen uno de los mas bellos adornos y ricos tesoros artísticos de sus ciudades y campos. Los monumentos debidos á la estatuaria y pintura tan abundantes en otro tiempo, los accesorios del templo y el mobiliario, los productos de la orfebrería y las vestiduras litúrgicas no son tampoco raros, por mas que en su mayor parte sean poco ó nada conocidos. Todos estos objetos se presentan continuamente á nuestra vista, atraen nuestra atención y hieren nuestra curiosidad, haciendo brotar en nosotros el deseo de explicarlos su origen, su primitivo y propio destino y la época á que pertenecen.

Por otra parte, el estudio del arte greco-romano, que tanto ha ocupado á la humanidad desde el renacimiento, ha sido ya agurado por las muchas y entendidas plumas que á él se han dedicado; mientras que el de los siglos medios por el contrario, casi virgen hasta ahora, presenta vasto campo á las investigaciones. Por último, la importancia tan justamente concedida en nuestros dias á la historia de la edad media habia de crear irremisiblemente la necesidad de conocer su arte, cuya manifestación es casi exclusivamente cristiana.

Tales consideraciones son las que nos han sugerido este ligero trabajo, al que daremos principio, trazando siquiera sea á grandes rasgos, la historia del templo cristiano; examinando el desarrollo de su planta y de su construcción y sus varios sistemas de ornamentación, despues trataremos de sus accesorios dando preferencia al altar como el principal de ellos, seguidamente del mobiliario y enseres del culto, y últimamente de las vestiduras sacerdotales y paños litúrgicos.

### I.

#### EL TEMPLO.

El templo cristiano, además de ser, á semejanza del pagano, un edificio levantado en honor de la Divinidad, es un lugar destinado á la reunión de todos los fieles; por esta razón se ha conceptualo impropio este nombre (1) tratando de sustituirle con el de iglesia, palabra griega que conviene no solo á toda reunión de personas, sino al lugar en que se celebra. En los primeros siglos recibió diversas denominaciones. Llamábase *kyriaca* en griego y *dominica* en latin como casa del Señor, y principalmente *basilica*, bien como recuerdo del edificio que le servia de modelo, ó como dice San Isidoro (2), «porque en ella al Dios rey de todos se le ofrecen culto y sacrificios» (*quia ibi regi omnium Deo cultus et sacrificia offeruntur*). Tertuliano la llama *domus columbae* y á veces tambien se le llamaba simplemente *templum* (3). A los elevados sobre los sepulcros de santos confesores y mártires se les denominaba *martyria*, *memoriae*, *apostolea*, *prophetea*; con relación á ser punto de reunión de los fieles *ecclesiae*, *synodi*, *concilia*, *conventicula*, *conventus*; como lugar de oracion *oratoria*; y finalmente tomando la parte por el todo se les llamaba *sanctuarium*, *navis*, *propitiatorum*. Hoy solo conserva el nombre genérico de templo y el mas apropiado de iglesia, autorizando el uso, el empleo de ambos; de los que nosotros siempre preferiremos el segundo como llenando mas la idea cristiana de amparar y proteger á los fieles, bajo el manto de la religion contra las asechanzas del mundo.

Se conceptúa místicamente como la primera iglesia el cenáculo en que Jesucristo celebró la última cena, que según el Evangelio (4) era un comedor de gran estension, *cenaculum grande stratum*. La tradicion dice que posteriormente fue convertido en iglesia, que sería sin duda á la que San Cirilo llama iglesia de los Apóstoles (5).

Igual honor se concede á la habitación que ocupó San Pedro en Roma en la casa del senador *Pudens*, señalándola como tronco de la Iglesia Romana (6). Es de suponer que viniendo de Oriente el Santo Apóstol se alojaria, como todos los extranjeros que de esta parte

(1) Véase el diccionario de la Liturgia de la Enciclopedia de Migne, por el abate J. B. E. Pascal, en la palabra *Eglise*.

(2) Etimolog. I. XV. De edificiis sacris. c. IV.

(3) Bellarmino. De cult. sanct. t. II, l. III, c. IV, n. 260 y c. VI, n. 869.

(4) C. XIV, v. 15 del Evang. de San Marcos.

(5) Diccionario de la Liturgia.

(6) Baronio. An. eccle. año 57.

llegaban á Roma (1) entre las colinas Viminal y Esquilina, precisamente en el punto en que tenia su casa el converso senador, lo que debió ocasionar el hacer conocimiento con el antiguo pescador de Galilea, y de obligarle á buscar en ella mas seguro asilo del que podría tener en su pobre morada. Allí estableció su oratorio el Santo Apóstol que mas tarde, hácia el año 145, fue consagrado perpetuamente al culto por San Pio I.

De no menor antigüedad data la casa de San Pablo *in via Lata*.

Muy pronto se vieron víctimas los cristianos de las sangrientas persecuciones de los emperadores, que no podían tolerar que en el centro mismo de sus dominios se formase una sociedad que atacaba directamente á la tranquilidad del imperio, tratando de destruir la religion que tan importante parte llenaba en la organización del Estado.

En las catacumbas, único lugar donde los cristianos conseguían librarse de los crueles tormentos á que les condenaban los últimos esfuerzos de la sociedad espirante para recobrar su perdido poder, tenían de trecho en trecho en las galerías lugares llamados *cubicula*, destinados á sus reuniones y celebracion de sus *agapas*, que no eran otra cosa que salas mas ó menos espaciosas y regulares, cuyo techo, algunas veces por su mucha estension, se apoyaba sobre machones ó columnas aisladas, con un asiento corrido alrededor para los fieles y otro ú otros dos en la pared testera para los pontífices que presidian la asamblea, ocupando el fondo la tumba de un mártir sirviendo de altar (*arcasolium*, *confessio*) en ocasiones coronada por una bóveda curvilínea.

A pesar de los crueles edictos imperiales que se lanzaban vomitando estermínio para cuanto tenia relación con el cristianismo y se ejecutaban con rigurosa fidelidad el número de iglesias que llegaron á tener los cristianos, fue bastante considerable; solo en Roma se contaban mas de cuarenta (2).

Estas iglesias, construidas en los intervalos de transitoria paz que mediaban entre una y otra persecucion, eran destruidas en su mayor parte, si no en su totalidad, así que se volvía á encender la tea de la esterminación. Es muy de notar cómo un extraño rasgo de tolerancia en medio de aquella terrible tiranía, que el emperador Adriano, conmovido por la lectura de la apología de San Cuadrato, permitió á los cristianos reunirse públicamente en pequeños edificios que de su nombre se llamaron *adrianeos*.

Parece ser que las primeras iglesias no eran propiamente lugares sagrados, sino simples locales de reunión donde los fieles acudían á orar en comun, dispuestos en salas interiores de los pisos mas altos de las casas particulares (3). Así vemos á San Pablo decir á los colonenses (4): *Salutate Nympham, et quae in domo ejus est Ecclesiam*; y Orígenes (5) «que los lugares donde se reunían los primeros cristianos parecían escuelas y no podían ser asimilados á los templos paganos que no estaban jamás sin ídolos ni altares.»

Por esto, sin duda, motejaban los gentiles á los cristianos de no elevar templos á su Dios ni ofrecerle sacrificios, á lo que respondió muy oportunamente Minucio Félix (6): «¿Qué templos elevaremos en honor del que el universo no puede contener! No vale mas construirle un templo en nuestra alma y elevarle un altar en nuestro corazon.» De esto se ha querido deducir, y no sin falta de lógica, que en los primeros siglos no se celebraban los sagrados misterios; pero no puede admitirse esta doctrina sin contradecir abiertamente á lo que la Escritura y Autores sagrados nos dicen.

Muy escasas é incompletas son las noticias que tenemos de los edificios del cristianismo en sus tres primeros siglos y poco mas se estienen de las que llevamos espuestas. Ninguno ha alcanzado una época por la que pudiese sernos conocido, merced á alguna exacta descripción, ni es creíble sobreviviera á la destrucción decretada por Diocleciano, en la que según dice Eusebio todos fueron enteramente destruidos.

Su disposición y arquitectura nos son por consiguiente desconocidas, aunque esta debió ser indudablemente la usada á la sazón en el vasto imperio romano que era la griega degenerada según unos y mejorada según otros por los romanos, en estado de mayor ó menor decadencia según lo adelantado de la época.

El trascendental acontecimiento de abrazar Constantino la religion cristiana, ya fuese consecuencia de una vincion verdaderamente religiosa ó puramente política debió ejercer y ejerció en efecto una poderosa influencia sobre el desarrollo de la arquitectura cristiana comunicando un fuerte y veloz impulso á la construcción.

La multitud de iglesias con que aquella feliz época del cristianismo enriqueció el culto del Crucificado puede dividirse en tres clases. Las antiguas que habían sido destruidas y fueron reedificadas, los edificios paganos habilitados para el culto y las construidas de nueva planta.

(1) Juvenal, sat. III, vers. 69.

(2) Ciampini de sacris aedificis. l. I, c. VII.

(3) Hechos de los Apóstoles. c. 20, n. 9.

(4) Epist. ad Colossenses. c. IV, n. 15.

(5) In Cell. I. VIII, p. 589.

(6) Su diálogo en las obras de San Cipriano, f. 1666.

Las primeras debieron ser levantadas siguiendo su traza anterior, que como ya dijimos desconocemos, y es creible se reedificarían únicamente las que por su importancia y capacidad lo mereciesen, como nos lo dice Sozomeno.

Los edificios destinados en las primeras circunstancias á satisfacer las urgentes necesidades del nuevo culto fueron solo los que por su anterior destino exclusivamente profano no podían despertar ningún escrúpulo en el ánimo de los cristianos. Desde luego cierto espíritu de repulsión les impidió servirse de los templos paganos (1), cuyas condiciones no eran tampoco muy adecuadas á las exigencias del culto del Crucificado, siendo la mas principal de ellas que el recinto de la iglesia pudiese contener la total reunión de los fieles, como tomándolos bajo su protección y separándolos del bullicio del mundo, al paso que sustrayese las ceremonias religiosas de la profana mirada de los incrédulos. Circunstancia que en manera alguna podía llenar ningún templo pagano, pues que siendo su único destino albergar, aunque monumentalmente, al ídolo é iniciados, sus dimensiones eran tan reducidas, que el mayor de todos no llegaba á ser la cuadrágésima parte de cualquiera de nuestras grandes catedrales ojivales, y de muchos de ellos se dice que bastaba para ocultar el ídolo el humo producido por un grano de incienso.

Otros edificios, mas á propósito por su capacidad y distribución, cuyo uso anterior no podía infundir escrúpulo, fueron habilitados prontamente para las nuevas prácticas religiosas. Los primeros y mas principales fueron las basílicas, que eran vastas construcciones levantadas en el foro ó cerca de él, llenando á la vez las funciones de nuestras audiencias, bolsas y pasajes, pues en ellas, se reunían los comerciantes y hombres de negocios á tratar de asuntos y vender sus géneros, al propio tiempo que servían de tribunal, donde los jueces tenían sus audiencias y los jurisperitos daban consultas. Su nombre les viene de que en algún tiempo, según Vitruvio, eran salas de los palacios reales, destinadas á hacer justicia. Su introducción en Roma no fue hasta el siglo III (antes de J. C.), siendo la *Porcia* la primera que se construyó, durante el consulado de M. Porcius Caton en el año 204 antes de J. C. Después se construyeron paulatinamente hasta diez y ocho.

Las basílicas, no solamente fueron los primeros edificios paganos habilitados para el culto, sino que también sirvieron de modelo para los que se construyeron de nueva planta. Su distribución era en efecto muy apropiada para el objeto á que se les destinaba. Componíanse de un paralelogramo dividido por columnatas en dos ó tres naves, en sentido de su longitud, que terminaban en otra transversal, separada de ellas por una balaustrada (*septum*), de donde tomó el nombre de *transeptum*, á cuyo lado opuesto en frente de la nave central y como prolongación de ella, había un cuerpo saliente de edificio en forma ordinariamente de hemicírculo y otras veces cuadrangular, que por estar abovedado se llamó *abside* (en griego *apsis*) acompañado en ocasiones de otros dos menores correspondiendo con las naves laterales. Había sobre estas, cuya altura era solo la mitad de la central galerías ó tribunas, y pórticos delante de la fachada.

Esta misma forma se conservó para la basílica cristiana, estableciéndose como tipo para la Iglesia Latina, aunque en un principio no fue tan absolutamente seguida como lo fue algunos siglos después.

Al apropiarse la basílica para el culto cristiano, no se hizo mas que colocar la silla del pontífice (*cathedra*) en el fondo del abside, en el mismo sitio del asiento del juez (*tribunal*), estendiéndose á uno y otro lado la clerecía, reemplazando á los asesores. El centro del abside fue ocupado por el altar, que en algunas basílicas se colocó en el medio del crucero, lugar destinado antes á los abogados y escribanos y ahora á los cantores, que cuando el altar los desalojaba pasaban á ocupar un espacio próximo en la nave mayor. El extremo derecho del crucero se reservó á los senadores y se llamó *senatorium*, y el izquierdo *matroneum*, á las matronas. La nave del lado del evangelio (*porticus dexter*) se destinó á los hombres, la otra lateral (*porticus sinister*) á las mujeres y la central á los catecúmenos y penitentes de tercer grado que se salían, concluido de leer el evangelio, á la voz del diácono *ite catecumeni*. Las galerías superiores ó tribunas fueron reservadas para las vírgenes consagradas al Señor (2). El pórtico pasó al interior y formó parte de la basílica, tomando el nombre de *narthex*, á donde se retiraban los catecúmenos después de leído el evangelio y único lugar concedido á los penitentes de segundo grado y á los endemoniados. Se añadió una estensa plaza á la entrada de la basílica que se llamó *atrium*, rodeada de pórticos por todos, tres ó dos de sus lados, ó solo por el correspondiente á la fachada, y se colocó en su centro un baño ó estanquillo conteniendo el agua necesaria para las purificaciones que le suministraba una fuente, pozo ó cisterna.

Esta forma, además, representaba simbólicamente la

nave de San Pedro, según los prescribían las constituciones apostólicas (1), tomándose la puerta por la popa, el abside por la proa, y el cuerpo de la iglesia por la nave propiamente dicha.

Pero no fue esta la única disposición que se dió á las iglesias, porque no fue la basílica el único modelo que se siguió para su erección. Había otras construcciones de no menos capacidad y destino también puramente profano, que aunque por su disposición no ofrecían tantas ventajas como las basílicas la habían de disputar por algún tiempo la gloria de ser copiadas por los arquitectos cristianos. Eran estas las grandes salas de los establecimientos termales.

(Se continuará.)

JOSÉ VILLAAMIL Y CASTRO

## SOBRE LA UNIDAD DEL ESPÍRITU.

¿Se puede dudar de la unidad del espíritu? Todo hombre á quien se haga esta pregunta contestará negativamente, porque su conciencia le dice que su espíritu, es decir, su *yo vivo*, es una unidad, aun cuando esta verdad parece estar en contradicción con otra: con la variedad del espíritu. El hombre tiene inclinaciones, sentimientos y facultades intelectuales diversas; muchas veces cree sentir en su interior el combate entre las facultades de su espíritu, como, por ejemplo, sus pasiones y su razón. ¿Cómo hay que resolver esta contradicción, ó cómo se ha sabido explicarla?

Hasta el día se ha tratado de resolverla explicando como efectiva solamente la unidad del espíritu, y como aparente la diversidad. Esta diversidad del espíritu se decía, no es mas que la unidad del mismo en su diferente actividad. Del mismo modo que la vista aunque mire á diferentes partes y vea diversos objetos, es siempre una, así las diversas actividades del espíritu son únicamente las miradas del alma á diferentes partes, las diversas direcciones de una actividad del espíritu que permanece entero y que es siempre el mismo. Lejos de poder admitir en el espíritu facultades separadas que existan unas al lado de otras como una especie de división en otros tantos miembros, no se puede reconocer en las diversas facultades del espíritu mas que una unidad indivisible.

Sin embargo, aun este modo de considerar el espíritu es erróneo; la diversidad del espíritu no es solo aparente sino efectiva como su unidad. Estas dos propiedades del espíritu existen tanto una como otra. Se podrá decir que con esto no se resuelve la cuestión ni hallamos la solución deseada, pero hay que tener en cuenta que es un error el creer que la unidad y la diversidad del espíritu se contradicen entre sí; cada cosa es y debe ser una y muchas al mismo tiempo; el grano de arena y el globo terrestre; la hoja de yerba y el cuerpo humano. Cada una de estas cosas es una, en tanto que es solo un objeto determinado, y es muchas, en tanto que tiene partes que la constituyen.

Se probará fácilmente como ya se ha hecho creer en otras ocasiones que el espíritu es una escepción de esta ley general, y que no es mas que una unidad. El hombre es un ser divisible un «individuo», porque además del cuerpo que es divisible, tiene un espíritu que no puede dividirse, ó de otro modo, el cuerpo es una pluralidad de partes que constituyen una unidad indivisible un «organismo», porque está dotado de un espíritu. Se podría creer que se deducía de esta verdad, que el cuerpo y el espíritu se dividen en partes iguales ambas propiedades del organismo, es decir, que el cuerpo es solo pluralidad y el espíritu solo unidad; pero esto es un error. El espíritu mismo es un organismo y tiene partes constitutivas como el cuerpo; se compone de una pluralidad de fuerzas ligadas que forman una unidad, del mismo modo que el cuerpo se compone de una multitud de materias que forman otra unidad. Por lo tanto, lejos de considerar estas facultades del espíritu como diversos modos de actividad ó como direcciones diferentes de una fuerza que no está dividida, deben mirarse como fuerzas ligadas para formar una unidad, pero que existen por sí mismas unas al lado de otras, aunque separadas entre sí.

La prueba de esta verdad es de muchas clases ó gradual. El espíritu del hombre es doble; uno de estos duplicados es conocido, el otro desconocido. La facultad del espíritu que es desconocida ó sea la energía de la vida, comprende la vida de los órganos corporales entre sí. La facultad del espíritu que es conocida, y cuyo órgano es el cerebro, abraza además de los sentidos exteriores, de los sentidos animales, la sensibilidad y el entendimiento.

No pudiendo, pues, pretender que las dos facultades del espíritu, la conocida y la desconocida, sean únicamente diferentes direcciones de una facultad del mismo que no está dividido, queda probada de esta manera la duplicación, la coexistencia y la organización del espíritu.

Si penetrando en mas detalles se va á considerar la facultad del espíritu, que es desconocida, en ese caso se reconocerá aquí en la simultánea actividad del corazón, de los pulmones, etc.; una pluralidad de fuerzas separadas entre sí, pero que existen unas al lado de otras.

Si continuando en esta prueba se asciende un grado mas para llegar á la facultad del espíritu que es conocida, en ese caso se tendrá en los sentidos exteriores una prueba fehaciente de la coexistencia y de la división en partes del todo de las facultades del espíritu; por lo menos se hallará que el ver y el oír son tanto una y misma cosa como lo son la mano y el pie.

Lo que respecta á la prueba mayor de que los sentidos animales, la sensibilidad, y el entendimiento del hombre son facultades del espíritu que se hallan divididas, se encuentra perfectamente demostrado en algunos escritos del doctor Scheve. Puesto que el entendimiento y la sensibilidad son independientes uno de otro, porque un hombre puede tener mucho entendimiento y poca sensibilidad ó vice-versa; queda por lo tanto probado que ambas facultades del alma están como separadas entre sí del mismo modo que aparecen estarlo la facultad de ver y la de oír, puesto que un hombre puede ver bien y oír mal ó ver mal y oír bien. Mientras que admitiendo una unidad absoluta del espíritu, la división por partes del genio, de la imbecilidad, de la locura, de las contradicciones y del combate de las diferentes facultades del espíritu entre sí, serían fenómenos que no se explicarían, vemos que por el contrario, en la verdadera organización del espíritu, estos hechos tienen una explicación tan satisfactoria como la debilidad de la vista al lado de la salud y de una grande facultad de oír.

Además la organización del espíritu puede conocerse bien por el sentimiento propio. Si el hombre se reconcentra en sí mismo tranquilamente hallándose en la soledad en medio de una naturaleza hermosa sintiendo y pensando en sí mismo y en el mundo exterior si los ojos ven y los oídos oyen, si en los miembros se siente la vida, en el pecho el aliento, en el ánimo el amor y en el espíritu la naturaleza y la ciencia, si se piensa en la divinidad, en una palabra, si aquí y allí se eleva hasta la conciencia un destello del alma en sus manifestaciones y si todo esto se halla al mismo tiempo ante los ojos del espíritu, entonces se comprende con una claridad perfecta, la variada división del espíritu en su unidad.

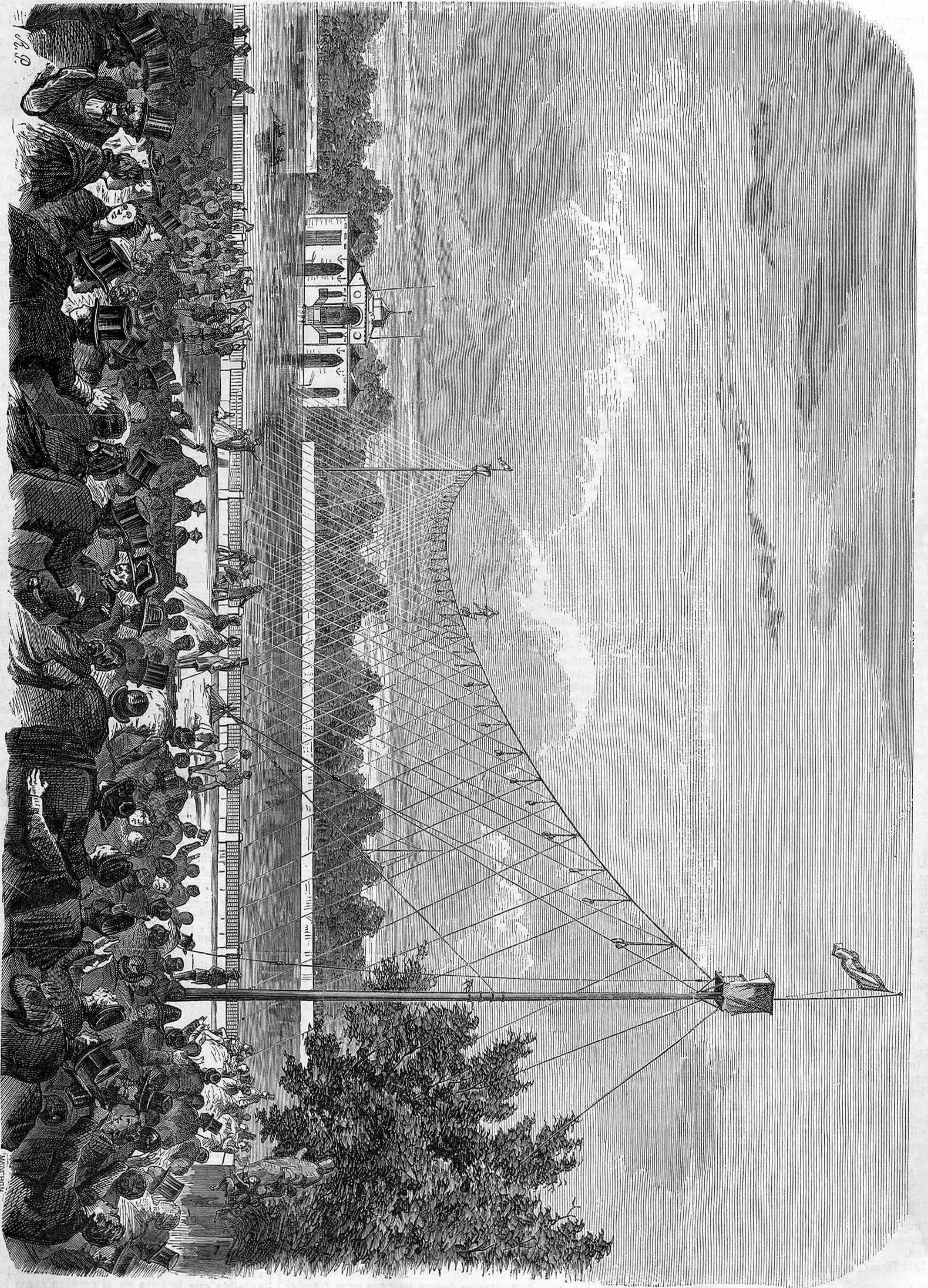
El aspecto de la organización del espíritu se halla tan inmediato y se debe considerar tan necesario, que debiera causar asombro el que la opinión de su unidad absoluta se haya considerado durante tanto tiempo como la verdadera. El enigma se descifra, sin embargo, de este modo: la esencia del espíritu, como la de todas las cosas, es inaccesible al conocimiento humano. Tanto la unidad del espíritu como su pluralidad en la unidad, puede probarse como hecho, pero de ningún modo explicarse porque esta gran verdad sería desconocida. Al considerar esa esencia enigmática que llamamos espíritu, parecía en un principio poderse penetrar su sustancia; mientras mas difícil se presentaba este conocimiento por la doble propiedad del espíritu como unidad y como pluralidad, mas se creía poder penetrar y sostener la unidad como la propiedad mas sencilla y determinada; pero como no ha sido posible penetrar este misterio, se ha conservado hasta hace poco esta idea de absoluta unidad.

La historia natural ha llegado en nuestros días á una altura grande y bien basada, mas sin embargo, en cuestiones importantes está sujeta á las ideas de la filosofía dominante; así sucede, por ejemplo, con respecto de la neurología. Poseído de la idea de la ilimitada unidad del espíritu, el naturalista busca en la neurología un punto de reunión de todos los nervios. El sistema nervioso del hombre es comparable en su figura con las plantas, la médula espinal y los nervios que corren por ella con el tallo y las raíces y el cerebro en sus órganos aislados, con las flores en sus ramas separadas; este sistema nervioso se divide en su actividad en solo dos grandes mitades, en los nervios del cuerpo con la médula espinal y en los del cerebro. La primera sirve en parte para las sensaciones y en parte para el movimiento del cuerpo; la segunda, está compuesta de los órganos de los sentidos animales, de la sensibilidad y del entendimiento. Estas dos masas de nervios están unidas entre sí y forman una unidad, pero cada una de ellas tiene su vida propia é independiente. Se conocen ya una multitud de hechos que sirven para confirmar esta verdad y de los cuales citaremos solo uno: si la médula espinal está afectada, las fuerzas del espíritu permanecen inalterables, y si se quita el órgano del cerebro (como se ha probado á veces en los animales), continúa la sensación y el movimiento del cuerpo. Los órganos aislados del cerebro se dirigen todos (aunque diversamente ligados entre sí) á la médula espinal y esta á ellos formando así una cierta unión y las dos masas de los nervios forman de este modo un todo indivisible, un organismo, pero un punto de reunión de todos los nervios de sensación y de movimiento, es tan imposible que le haya en el cerebro como lo es que haya otro punto de reunión para los órganos aislados de este en cualquier otro sitio del cuerpo.—A.

(1) No duraron mucho estos escrúpulos, pues ya á mediados del siglo V, Simplicio I consagró el templo de Fauno, dedicándolo á San Esteban.

(2) En Oriente las ocupaban todas las mujeres sin distinción.

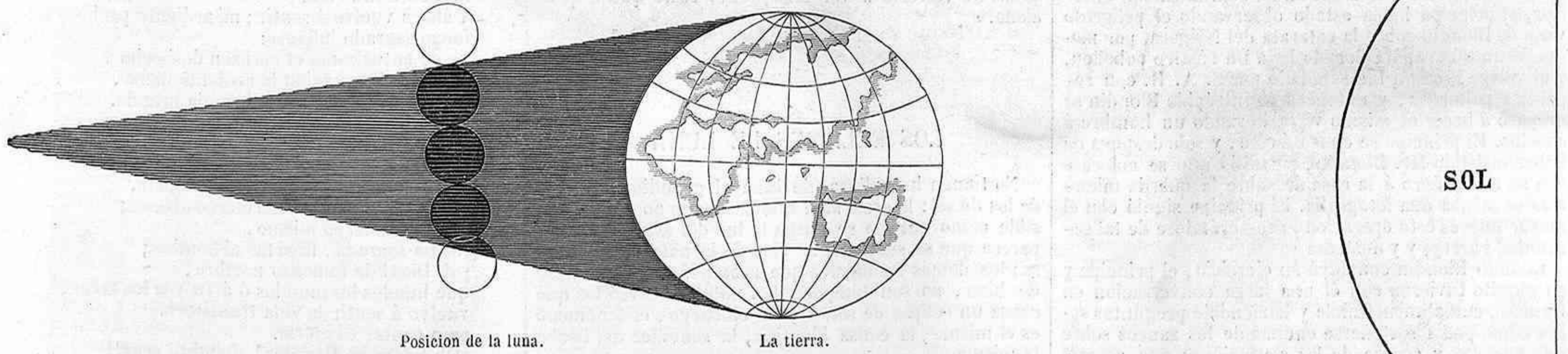
(1) L. II, c. LVII.—Aunque de autor incierto y escasa fuerza de ley no es áun del todo desprovista de autoridad principalmente en materia arqueológica. Su antigüedad es siempre respetable por mas que no tengan todo lo que se les ha pretendido dar.



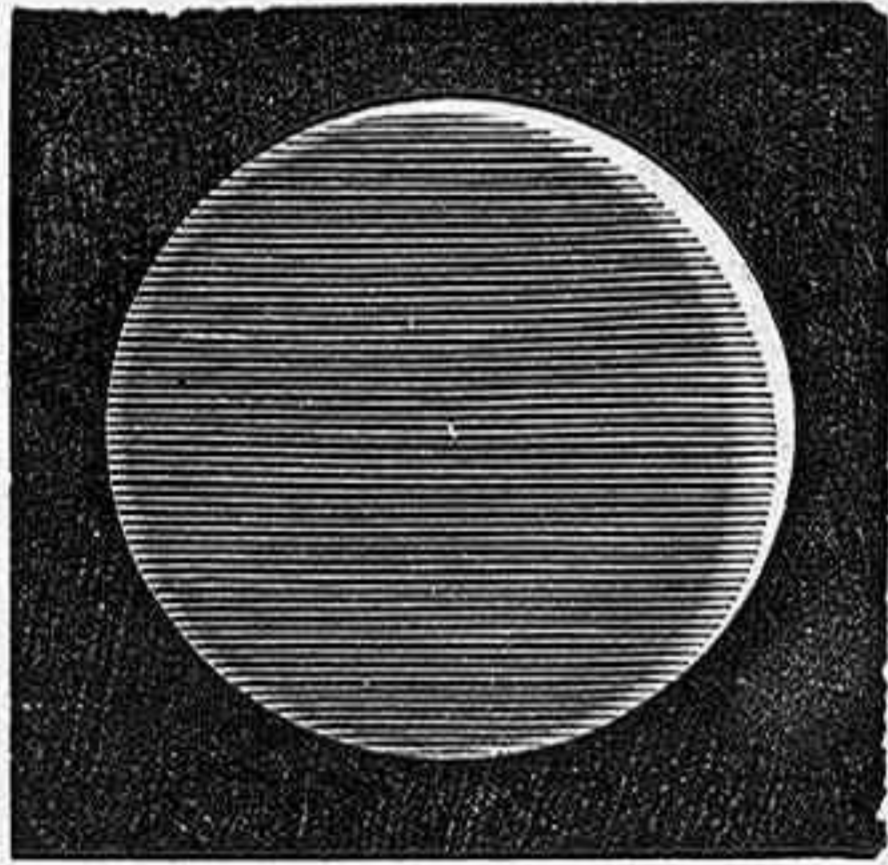
EL ACRÓBATA BLONDIN SOBRE EL ESTANQUE DEL RETIRO.

Handwritten marks, including a large arrow pointing left and the number '11'.

## ECLIPSES DE LUNA.



POSICION DEL SOL, LA LUNA Y LA TIERRA EN EL MOMENTO DEL ECLIPSE.



VISTA DEL ECLIPSE Á LAS ONCE DE LA NOCHE.

## EL ACRÓBATA BLONDIN

SOBRE EL ESTANQUE DEL RETIRO.

Nuestros lectores conocen ya el retrato de este intrépido acróbata. En Madrid ha dado algunas funciones, y aunque la desagradable temperatura de las tardes no ha convidado mucho para asistir á presenciar sus atrevidos y peligrosos ejercicios, la concurrencia en los jardines del Buen Retiro ha sido inmensa, y creemos no habrá quedado descontento del público madrileño.

Blondin ha llegado á España con una reputacion ya formada, y que como procedia de tierras, en donde es mucho lo que se exagera, podia suponerse no se haria aquí admirar tanto como en otras partes. En efecto, Mr. Blondin vale lo que aseguraban los periódicos anglo-americanos, como acróbata, como *rey de la maroma* (asi se le llama en Nueva-York), y si allí hizo verdaderas diabluras acrobáticas, tanto al atravesar el Niágara, como en funciones no menos arriesgadas, tambien aquí se ha hecho aplaudir y sobre todo admirar.

Habíase dicho hasta ahora que en materia de andar por los aires, tragarse espadas y hacer toda suerte de *volatineria*, nadie superaba las habilidades de los chinos, quienes, segun cuentan sus crónicas, ya muchos siglos antes de la creacion, segun el cómputo europeo, tenían sobresalientes acróbatas y gimnastas. Pero aunque la *Gaceta* misma de Pekin quisiese desmentirnos, cuando sus redactores lean estas líneas, estamos seguros que ninguno de estos hombres maravillosos ha podido igualarse jamás con el *rey de la maroma*. Nacido Blondin en Saint-Omer (Francia) el 28 de febrero de 1824, apenas contaba cuatro años de edad, cuando comenzaba su educacion gimnástica en la escuela de Lyon, llamando al cabo de seis meses la atencion en las funciones públicas y en los teatros. Su padre, militar valiente del primer imperio, bajó al sepulcro cuando el niño acróbata contaba apenas nueve años, y no pudo presumir el gran papel que su hijo debía representar como *vo'atin* en ambos hemisferios. Dedicado Blondin á tan difícil carrera, logró al cabo de algunos años conquistar un puesto elevado trabajando en diversos teatros, y combinando los ejercicios gimnásticos de un modo que era difícil hallase rivales. Mientras trabajó con la familia Ravel, muy conocida en los Estados- Unidos, acabó de llegar al apogeo de su habilidad, bastando para demostrarlo referir uno de los incidentes mil de su vida maravillosa. La compañía estaba de ensayos. Se trataba un dia de imitar algunos ejercicios de los árabes beduinos, en uno de los cuales una persona se hallaba rodeada por un grupo de soldados con sus fusiles y bayonetas armadas, y de en medio de los cuales se escapa dando un gran salto. Antonio Ravel, que representaba esta persona, estaba arreglando el grupo de soldados para repetir su salto, que no le habia ido bien la primera vez, cuando de repente, Blondin, vestido

como ordinariamente acostumbraba, y enterado de lo que pasaba, sin prevencion alguna, da un gran salto y pasa por encima del grupo entero, compuesto de soldados, fusiles y Antonio, quedando tan sereno como si no hubiese pasado nada.

En el invierno de 1858 concibió la atrevida idea de atravesar el Niágara por una sola cuerda y lucir en ella su inesplicable serenidad y equilibrio. El abismo tenía 1,400 pies de hondo, y sobre esta tremenda profundidad, en presencia de quince mil personas, Blondin lo cruzó con toda felicidad el 30 de junio de 1859, siendo la primera vez que se ha pasado un rio de esta manera.

No quedó contento con esto, sino que quiso dar nuevas pruebas de su valor y de la seguridad con que podia andar por un camino tan angosto.

El 4 de julio de 1859 lo cruzó con el cuerpo metido en un saco, y de consiguiente con los ojos tapados; habiendo hecho la travesia con la misma seguridad que si hubiese podido usar de su vista.

El 13 de julio del mismo año, en el teatro de Buffalo llevó á cuestras en una cuerda inclinada á un hombre mas alto que él desde el proscenio al tercer piso de palcos, y volvió á bajar con él.

El 17 de julio volvió á atravesar el Niágara.

El 5 de agosto lo volvió á cruzar dando volteos, brinco, y ejecutando extraordinarios ejercicios gimnásticos en la cuerda.

El 19 de agosto reprodujo el hecho anterior llevando un hombre á cuestras; miles de espectadores lo miraban espantados, temiendo de un momento á otro ver la muerte de uno ó de los dos.

El 27 de agosto lo cruzó, como un esclavo de Siberia, con grillos.

El 2 de setiembre lo atravesó de noche llevando en su cabeza un aparato de fuegos artificiales que se quemaron durante la travesia. En el estío de 1860 cruzó dicha cuerda muchas veces llevando un hombre á la espalda y otras muchas cosas. Su última funcion en el Niágara la dió delante de S. A. R. el príncipe de Gales y su comitiva, incluso su gracia el duque de Newcastle, el conde de San German, el marqués de Chandos, lord Lyons, el general Williams, el mayor Feasdale, el mayor general Bruce y otros muchos distinguidos personajes, el dia 14 de setiembre de 1860, en presencia de una inmensa multitud de espectadores, muchos de ellos procedentes de mas de cien millas de distancia, atraidos por la fama de los milagrosos ejercicios de Blondin. La compañía del ferro-carril denominada Great Western Railroad, la del Canadá y la New York Central Railroad, dispusieron trenes especiales para satisfacer la curiosidad pública en sus respectivas líneas. En esta ocasion, Blondin echó el resto á todos sus anteriores milagrosos ejercicios, cruzando y recorriendo la cuerda con zancos. Como prenda de su admiracion, por su atrevimiento le envió el príncipe un regalo de consideracion con la siguiente carta del mayor general Bruce:

«El mayor general Bruce se dirige por órden del príncipe de Gales á Mr. Blondin para entregarle el re-



ABRAHAM Y LOS ÁNGELES (PUERTAS DEL BAPTISTERIO DE FLORENCIA). —VÉASE EL NÚMERO ANTERIOR.

galo adjunto y para declarar que S. A. R. ha visto con la mayor admiración el notable valor de que ha dado muestras ayer, y el interés que ha tomado en los extraordinarios riesgos á que se vió espuesto Mr. Blondin durante los ejercicios asombrosos que llevó á cabo.

«Niágara Falls 13 de setiembre de 1860.»

En la ocasion á que alude en su comunicacion anterior, el príncipe habia estado observando el peligroso viaje de Blondin sobre la catarata del Niágara, por medio de un telescopio colocado bajo un rústico pabellon, y al volver Blondin fue saludado por S. A. R. con repetidas palmadas, y entonces el intrépido Blondin se preparó á hacer el mismo viaje llevando un hombre áuestas. El príncipe se opuso á esto, y solo despues de haber insistido Mr. Blondin, permitió que se colocase con su compañero á la espalda sobre la cuerda mientras se sacaba una fotografía. El príncipe siguió con el mayor interés esta operacion, asombrándose de tal serenidad, arrojo y destreza.

Cuando Blondin concluyó su ejercicio, el príncipe y su séquito tuvieron con él una larga conversacion en francés, cumplimentándole y haciéndole preguntas sobre cómo podia sostenerse encima de los zancos sobre una cuerda, y acerca de las sensaciones que experimentaba cuando se encontraba sobre ella. Al despedirse el príncipe dijo: «Gracias á Dios acabóse.»

Al dar una de sus funciones en Jones Wood (Nueva York), véase lo que sucedió segun refiere un testigo presencial del hecho:

«Todos los espectadores aguardaban con la mayor ansiedad el final del programa: ¡el paseo en zancos! Creemos que cuantas personas presenciaron el hecho dirán con nosotros que es el acto mas temerario y terrible que ha intentado el hombre. Innumerables eran las personas que á cada instante volvian la cabeza temiendo que el intrépido acróbata diese un paso en falso y cayese en el abismo.

Los zancos que usa Blondin son muy delgados con tres ganchos de hierro en el extremo, lo que les asemeja al tridente clásico de Neptuno; la madera está cubierta de láminas de plata.

Un accidente ocurrido momentos despues de empezar su paseo, estremeció á los espectadores. Generalmente se ignoraba que debía dar tres saltos en el aire durante el trayecto. Al primero de estos saltos uno de los ganchos enredóse en la maroma, y el acróbata dió un ligero traspie; todo el mundo creyó que estaba perdido, pero el intrépido gimnasta, poniéndose á horcajadas sobre la maroma miró á su alrededor como si lo sucedido fuese la cosa mas natural del mundo.

Al levantarse se le rompió el balancin y no pudo dar los otros dos saltos peligrosos de que hemos hablado.

Ponerse de pie sobre la cuerda con zancos, era muy espuesto, casi imposible, y muchos creian que no podria hacerlo; pero la palabra imposible parece que no existe para Blondin. Al cabo de dos ó tres tentativas quedó vencida la dificultad.

Los espectadores habian recobrado la confianza al ver la seguridad y aplomo con que caminaba Blondin, que no tardó en llegar al fin de su penoso viaje.»

Todo lo que ha hecho Mr. Blondin en los Estados-Unidos, lo ha verificado en el Retiro en presencia del público madrileño, y para que se vea cómo no habia exageracion en los relatos norte-americanos, y que la prensa española ha juzgado de su mérito del mismo modo, concluimos este artículo con un resumen del juicio que ha emitido la prensa de la córte sobre el mérito de los ejercicios verificados por el célebre acróbata.

«Mr. Blondin, que hasta ahora puede decirse que no habia demostrado todo lo que puede y sabe, estuvo verdaderamente á la altura de su reputacion. Ya otro dia, ocupándonos de este prodigioso funámbulo, dijimos que andaba, corria, se sentaba ó se acostaba en la cuerda, con la misma tranquilidad que cualquiera de nosotros pudiera hacerlo en su gabinete; hoy diremos que hace en el aire algo mas, algo que nosotros no podemos hacer en tierra.

Despues de recorrer la cuerda metido en el saco, despues de volver á salvar la misma distancia empujando una carretilla, tomó Blondin sobre sus espaldas á un hombre, y con esta carga, suficiente á fatigar á cualquiera simple mortal, se paseó con toda la tranquilidad del mundo á la consabida altura de 180 palmas sobre las cabezas de los asombrados espectadores. Pintar la ansiedad del público durante el peligrosísimo trayecto, es empresa imposible. Cuando Blondin y su intrépido acompañante llegaron á la meseta de descanso, un prolongado y ruidoso aplauso de la multitud verdaderamente conmovida y espantada, premió dignamente tanto y tan increíble arrojo.

Acercas del acompañante de Blondin, se contaban cosas diferentes: unos decian que era un criado suyo, otros que un funámbulo también notable por su intrepidez, cada cual sabia y contaba una historia diversa á propósito del hombre verdaderamente extraño que confiaba su vida á la habilidad ajena. Nadie, sin embargo, podia suponer que el acompañante era un *amateur* que por vez primera y sin moverle á ello el interés ni otra causa que el deseo de dar una prueba de arrojo temerario, esponia su vida con la mas perfecta tranquilidad de ánimo. Este intrépido aficionado á los paseos aéreos,

cuyo nombre debe consignar la historia de las grandes temeridades, se llama Pablo Zaragoza; parece que ha sido marinero y en la actualidad ejerce en la córte un oficio mecánico. El espectáculo terminó con el ejercicio de los zancos, ejercicio inconcebible, que crispa los nervios, que causa fiebre, que una vez visto no quedan ganas de volverlo á ver mas; tanto es lo que impresionna.»

J.

## LOS ECLIPSES DE LUNA.

No tienen los eclipses de luna el grandioso aspecto de los de sol; la oscuridad que producen no es tan sensible como cuando se apaga la luz del astro del dia y parece que se suspende la vida de la naturaleza entera; los demás fenómenos que acompañan á un eclipse de luna, no son tampoco tan notables como los que causa un eclipse de sol. Y, sin embargo, el fenómeno es el mismo, la causa idéntica, la sencillez del hecho la misma.

Como la tierra y la luna son astros opacos, cuando uno de ellos se interpone entre el sol y el otro, le priva de la luz y se verifica un eclipse. Si la tierra es el astro privado de luz, el eclipse se llama de sol; y si la luna es la que se ve oscurecida se llama eclipse de luna.

Estos eclipses fueron observados desde los mas antiguos tiempos, pero los primeros pueblos atribuyeron este fenómeno á causas completamente ajenas á la ciencia, buscando su explicacion en las ciencias religiosas, en las fábulas mitológicas ó en las oscuras tradiciones de su historia. Puede asegurarse que los caldeos empezaron á descubrir la explicacion de este fenómeno, conocida perfectamente en tiempo de Tolomeo. Desde entonces se han calculado exactamente, prediciéndolos, y haciendo desaparecer las preocupaciones á que su aparicion daba origen en el vulgo.

Los eclipses de luna solo pueden verificarse en el plenilunio; porque solo en este caso se encuentran el sol, la tierra y la luna en línea recta, de tal modo que la tierra pueda interceptar los rayos solares que nos refleja la luna. Nuestro satélite, pues, en esta posicion queda envuelto por el inmenso cono de sombra que proyecta detrás de sí la tierra en el espacio, y el eclipse dura todo el tiempo que la luna tarda en atravesar esta sombra. Si la luna queda completamente oscurecida, el eclipse se llama total; si solo queda parte se llama parcial; sin que pueda haber mas que estas dos clases de eclipses lunares; porque siendo mucho mayor el diámetro de la sombra terrestre á la distancia á que está la luna, que el mismo diámetro de la luna, no puede haber eclipse anular.

Cuando la luna queda envuelta en la sombra, no desaparece completamente de nuestra vista, sino que conserva un color ceniciento muy débil, debido á la reflexion de la luz, que la tierra envia sobre nuestro satélite.

La figura adjunta representa la posicion en que se encuentran el sol, la luna y la tierra en el momento del eclipse; y es tan fácil de comprender que apenas necesita explicacion alguna. Las diversas posiciones de la luna que ponemos en la figura, no son mas que la indicacion del movimiento que sigue nuestro satélite dentro de la sombra terrestre. Cuando penetra en ella se verifica la inmersion, y cuando sale la emersion. Asi para el eclipse que ocurrió la noche del 1.º de este mes, diremos que la inmersion se verificó á las 9 y 31 minutos de la noche y la emersion á las 12 y 51 minutos.

La segunda figura que acompaña es la vista del eclipse á las 11 de la noche, hora en que por el estado nebuloso del cielo en los puntos próximos á la luna, presentaba mas vistoso efecto este fenómeno.

P.

## AL SACRAMENTO.

ODA (1.)

Hoc est enim corpus meum.

¿Por qué en el pecho siento  
latir mi pobre corazon dormido?  
¿Qué fuego bendecido  
inflama mi agitado pensamiento?  
¿Por qué la voz levanto?  
¿Por qué de gratitud sagrado llanto  
de mis pupilas brota?  
¿Por qué del arpa mia,  
llevado de entusiasmo sacrosanto,  
vuelvo á escuchar la mágica armonia?  
¿Por qué se eleva mi agitado canto?  
¡Ah! yo sufrí tristísimos dolores  
que ahogaron mi entusiasmo y mi alegría;  
la pobre lira mia

(1) Premiada con la medalla de oro en el concurso abierto por el Ayuntamiento de Granada, con motivo de la solemnidad del Corpus Christi.

que un tiempo ornaban del amor las flores,  
ni aun para consolar mi pena ruda  
tuvo un sonido destemplada y muda.  
Tornóse el mundo en árido desierto,  
dó en ancha fuente la desgracia brota:  
mi pobre corazon estaba muerto;  
mi pobre lira rota.  
Y ahora vuelvo á sentir; mi ardiente pecho  
fuego sagrado inflama:  
ya de entusiasmo el corazon deshecho  
busca de inspiracion la ardiente llama,  
que en mi apagada inteligencia prende.  
¡Ah! todo lo comprende  
el pensamiento mio:  
muerta estaba en el mundo mi existencia;  
y al escuchar la voz de tu clemencia,  
que salva al hombre del eterno abismo;  
al ver tu cuerpo mismo,  
Hostia sagrada, libertar al hombre;  
¡oh Dios! de inmenso nombre,  
que hundes los mundos ó á tu voz los creas,  
vuelvo á sentir la vida transitoria  
para cantar tu gloria.  
¡Oh Supremo Hacedor! ¡Bendito seas!!

La página segunda de su historia  
con sombra negra, impura,  
el hombre en su locura  
engañado manchó; muerte segura  
labróse desgraciado en su demencia,  
y al salir en su mísera impotencia  
del eden terrenal precipitado  
por el remordimiento atormentado,  
un camino encontró y un precipicio;  
camino de virtud, sima de vicio.  
Y el hombre ciego se arrojó en la sima,  
dejó de la virtud la hermosa senda,  
y con segura mano  
en los altares mil del vicio insano  
su hermoso corazon puso en ofrenda.  
Y no se estinguió ¡oh Dios! de tus bondades  
el inmenso tesoro;  
y en pago de sus torpes liviandades  
enjugaste su lloro,  
si alguna vez ante tu altar de hinojos  
á tí volvió los suplicantes ojos:  
en tu augusta clemencia,  
Señor del firmamento,  
tu divinal esencia  
desciende hasta tomar mezquino asiento  
en humana figura;  
y con afan prolijo,  
para mayor consuelo,  
le muestras el camino de tu cielo  
con la sangrienta huella de tu hijo.  
Tú, cuyo ser los universos llena,  
«toma mi propio ser,» dijiste al hombre,  
y en la sagrada cena,  
en hostia bendecida  
le das eterno pan y eterna vida.  
En tu infinita mente,  
á tu pasion, medida no pusiste;  
la santa Eucaristia,  
luz que al cristiano guia,  
dejaste establecida, porque fuera  
eterna tu pasion, y redimiese  
siglos sin fin, la humanidad entera.  
¡Oh misterio de amor, inmensurable!  
el Dios que hizo á la nada  
animarse y nacer á un solo acento;  
que hizo al hombre, y le dió de su mirada  
la luz para vivir, y por asiento  
la tierra de placeres rodeada,  
no manda al rayo rojo  
cual nuncio fiel de su divino enojo;  
le da su cuerpo en su clemencia pio,  
con su sangre le limpia del pecado,  
y con el santo pan purificado  
le dice al pecador, «ven, hijo mio.»  
¿Y aun habrá quien la senda  
deje del santo amor; de impuro vicio  
aun habrá quien deponga en sacrificio  
de su engañado corazon la ofrenda?  
¡Oh amor! ¡divino amor! ¡Hostia sagrada!  
pan de eterna salud lazo divino:  
puerta de salvacion, que das entrada  
al acabarse la vital jornada  
en el cielo al cansado peregrino.  
Yo te adoro: si pobre en mi bajeza  
no es digno de tu amor mi humano canto,  
perdona mi rudeza;  
no escuches mi cantar: toma mi llanto.

¿Quién como Dios? ante su nombre solo,  
humillen reverentes  
las altaneras frentes,  
cuantos viven por El de polo á polo:  
humíllenla los grandes de la tierra,  
y humíllenla los sabios,  
y suéltense los labios,





EL ANGEL ANUNCIA Á ZACARIAS QUE VA Á SER PADRE. (PUERTAS DEL BAPTISTERIO DE FLORENCIA).  
VÉASE EL NÚMERO ANTERIOR.

preguntándose quién llegaría al fin á enternecer á esta nueva Artemisa.

Por entonces se concluía la guerra, para siempre memorable. Los regimientos llegaban de las fronteras, y el pueblo corría entusiasmado á recibirlo. Las bandas de música tocaban los aires aprendidos en el extranjero, la canción de *Viva Enrique IV*, los walses tiroleses y la ópera *Joconda*. Los oficiales que habían marchado casi niños, volvían con aspecto marcial y el pecho lleno de cruces. Los soldados contaban sus campañas, intercalando en su conversacion palabras francesas y alemanas. ¡Tiempo de entusiasmo y de gloria eterna! ¡Cómo palpitaba entonces el corazón de los rusos al nombre de la patria! Todos unidos abrigaban los mismos sentimientos de orgullo y de amor, al victorear á su emperador querido, que debía ser el mas feliz de los hombres.

Las mujeres rusas estaban entonces incomparables: su natural frialdad había desaparecido, y con verdadero entusiasmo gritaban hurra al volver los batallones á Rusia. ¿Qué oficial no confesó en aquel tiempo que el cariño y la amabilidad de la mujer rusa son la mas dulce y preciosa recompensa?...

María Gabriela y su madre vivían á la sazón en la provincia de... y no pudieron presenciar las fiestas y la alegría que animaban á las dos capitales. Pero en las dos provincias y en todos los pueblos el entusiasmo nacional fue todaví mas ardiente; á los oficiales se les recibía en triunfo, y el uniforme eclipsaba el traje de paisano.

Hemos dicho, que á pesar de la reserva en que María Gabriela vivía, muchos pretendientes la obsequiaban de continuo. Sin embargo, la mayor parte se alejó al presentarse un jóven de veinte y cinco años, el coronel Vourmin, condecorado con la cruz de San Jorge. Venía con licencia á pasar algunos meses en una de sus posesiones, próxima á la residencia de María. La jóven le recibió con singular amabilidad, abandonando su indiferencia de costumbre. No se mostró coqueta ante él; mas con todo, un poeta al observarla hubiera dicho. *¿Se amor non è che è dunque?* Por otra parte Vourmin era un jóven muy simpático: tenía ese talento distinguido, y al mismo tiempo algo irónico, que gusta á las mujeres, talento de convencion y de observacion. Sus maneras eran sencillas y francas; su conversacion modesta y respetuosa. María no dejó de conocer que el coronel tenía el alma y los ojos puestos en ella.

Aunque la gente le atribuía muchas aventuras amorosas, de estos rumores no hacia caso María, que como la mayor parte de las mujeres perdonaba fácilmente

te los extravíos de una naturaleza atrevida y los errores de un carácter ardiente.

Pero lo que daba que pensar á la jóven mas que las buenas cualidades del coronel y su padidez interesante y la herida de su brazo, era su extraño silencio. Ella veía que Vourmin no la miraba con indiferencia, y éste por su parte, con su talento de observacion y su experiencia, debía conocer que había impresionado el corazón de María. ¿Por qué, pues, no se echaba á sus pies? ¿Por qué no le hacia su declaracion? ¿Qué le detenía? ¿Era quizás el temor que va unido á todo amor verdadero, ó el orgullo y la coqueteria de un seductor astuto? En vano intentaba resolver este problema. Sin embargo, despues de haberlo meditado mucho tiempo, le pareció que el temor debía ser la causa de su silencio, por lo cual decidió animarle con nuevas muestras de amabilidad. Ella misma arregló la cosa de manera que el coronel tuviera que llegar á explicar sus sentimientos. El misterio, sea cual fuere su origen, atormenta siempre al corazón de la mujer.

María por medio de su astucia alcanzó el éxito que esperaba. Vourmin cayó en el lazo, y se puso triste y pensativo. Cuando miraba á María, sus ojos negros tenían tal espresion, que la jóven creía que el momento decisivo se acercaba. La gente hablaba ya del matrimonio como de una cosa hecha, y Petrowna se alegraba al pensar que su hija había encontrado por fin un esposo como ella se merecía.

Un día en que la buena madre estaba sola en su habitacion, Vourmin entró y le preguntó por María.

—Está en el jardin, contestó Petrowna. Si quereis irla á buscar, os esperaré aquí.

El coronel salió, y Petrowna dijo santiguándose:

—¡Alabado sea Dios! hoy quedará todo hecho.

Vourmin halló á la jóven vestida de blanco, sentada bajo un árbol, cerca de un arroyo, con un libro sobre las rodillas, hecha enteramente una heroína de novela. Despues de algunas palabras insignificantes, interrumpió á propósito al coronel con objeto de conseguir por medio de una turbacion recíproca que se explicara. En efecto Vourmin, viéndose en una situacion difícil, la dijo que hacia ya mucho tiempo que deseaba abrirle su corazón y la suplicó que tuviera la bondad de escucharle un momento.

La jóven cerró el libro y bajó los ojos en prueba de consentimiento.

—Os amo, exclamó Vourmin, os amo con todo mi corazón!

María bajó aun mas la cabeza.

—He cometido el delito de veros, de escuchar vuestra voz todos los días. (María se acordó de la primera carta de Saint-Preux.) Ya es muy tarde para contrarrestar mi destino. Vuestro recuerdo, el recuerdo de vuestra dulce y encantadora imágen, será en adelante el tormento y la alegría de mi vida; mas tengo que cumplir con un deber sagrado. Es preciso que os revele un secreto extraño que me desespera y que pone entre los dos una muralla insuperable.

—Esa muralla ha existido siempre, murmuró María. Yo no hubiera podido ser nunca vuestra esposa.

—Ya sé que habeis amado á otro, prosiguió en voz baja: pero la muerte y tres años de luto... Querida María no me quiteis mi último consuelo, no me quiteis la felicidad de creer á lo menos que hubiérais podido ser mia; porque de otro modo sería capaz...

—Callaos, exclamó María, callaos, os lo ruego: me haceis pedazos el corazón.

—Sí, os creo; el pensar que hubiérais podido ser mia, me consuela... mas ¡ay! soy el mas desdichado de los hombres, estoy casado.

María se quedó estupefacta y miró al coronel con ojos atónitos.

—Estoy casado, continuó Vourmin, casado desde hace cuatro años, y no sé quién es mi esposa, ni dónde está, ni si la he de ver en mi vida.

—¡Qué estais diciendo! ¡Qué coincidencia!... Proseguid, y luego os contaré yo tambien...

—Pues bien, escuchad: á principios del año de 1812 fuí á Vilna á unirme á mi regimiento. Llegué una noche bastante tarde á una parada, y cuando estaba mandando que engancharan los caballos, se levantó una tormenta horrosa. El postillon me aconsejó que me detuviera algun tiempo, y al pronto accedí á sus instancias. Mas no sé por qué me sentí de repente acometido de una inquietud extraordinaria: me parecía que una fuerza irresistible me empujaba hácia adelante. La tempestad era cada vez mas fuerte, y á pesar de todo, quise partir. El postillon, para acortar sin duda el camino, tuvo la idea de atravesar un rio que había allí cerca. No pudo vadearlo, nos estraviarnos y llegamos á un sitio que le era desconocido. El huracan era tan violento como cuando habíamos partido.

Distinguí á lo lejos, en medio de las tinieblas, una luz y me dirigí hácia aquel lado, llegando por fin cerca de una iglesia, de donde salía la luz que había visto de lejos.

La iglesia estaba abierta: había tres ó cuatro trineos junto á la puerta y varias personas se hallaban en el átrio. Una de ellas me gritó:—«¡Por aquí! ¡por aquí!» y entonces me acerqué. Otra me dijo:—«¡En nombre del cielo! ¿dónde habeis estado tanto tiempo? La novia se ha desmayado. No sabiendo ya qué hacer, nos íbamos á marchar. ¡Venid pronto!»

Bajé del trineo y entré en la iglesia, débilmente alumbrada por dos ó tres velas. Una jóven estaba sentada en un banco y otra de pie junto á ella le frotaba las sienes.

Al fin, dijo ésta: ¡gracias á Dios que habeis llegado! Mi ama ha estado á punto de morir.

Un cura se acercó á mí y me dijo:

—¿Quereis que principiemos?

—Principiad cuando gustéis, padre reverendo, le contesté atolondradamente.

La jóven se levantó, sostenida por la otra, y me pareció bonita. Con una ligereza inconcebible y que nunca me perdonaré, le cogí la mano y la llevé á donde estaba el cura. Su doncella y tres hombres que había además, no se cuidaban mas que de ella. Un momento despues estábamos casados.

—Abrazaos, nos dijeron.

Mi esposa volvió hácia mí su rostro pálido, y de repente gritó:

—¡No es él! ¡No es él!

Y cayó desmayada.

El cura me echó una mirada furibunda. Pero yo, sin que nadie intentara impedirme el paso, salí de la iglesia, subí á mi trineo y me alejé al momento.

—¡Dios mio! exclamó María, ¿y no sabeis lo que ha sido de esa pobre mujer?

—Nada sé, ni tan siquiera el nombre del pueblo donde me casé, y tampoco me acuerdo cómo se llamaba la estacion de donde había partido.

Dí entonces tan poca importancia á mi criminal calaverada, que al corto rato de estar en mi trineo, me dormí y no me desperté hasta llegar á otra parada. El criado, que entonces me acompañaba, ha muerto en la guerra, de modo que no me queda la mas leve esperanza de encontrar el sitio donde cometí la locura que hoy expío tan cruelmente.

—¡Dios mio, Dios mio! dijo María, cogiéndole las manos.

—¿Con que érais vos?

—¿No me habeis conocido?

Vourmin se puso pálido y se precipitó á sus pies.

F.